

Narrativa contemporánea en El Salvador

Rafael Menjívar Ochoa

Los padres fundadores

La literatura salvadoreña ha mostrado desde sus inicios dos características que no la definen, pero ayudan a explicarla:

1. Hasta tiempos recientes, la mayoría de los escritores ha adoptado las letras como un oficio secundario, no como una opción profesional prioritaria.
2. Buena parte de la literatura nacional está destinada, por su temática, sus alcances estéticos o su lenguaje, al consumo interno.

Por «profesionales» no se entiende a escritores que viven del producto económico de su trabajo, porque no existe en el país un aparato editorial y comercial –incluso un público– suficiente. El término implica una dedicación prioritaria, una preparación técnica sólida y una producción continua con la calidad necesaria para introducirse entre lectores de otras latitudes o capaz de influir en las letras nacionales.

El fundador de las letras salvadoreñas, Francisco Gavidia (¿1865?-1955) se corresponde con esta definición. Periodista, catedrático y funcionario, su prioridad fue la literatura, como lo demuestra la cantidad de sus obras poéticas, narrativas y dramáticas, además de sus trabajos históricos y filosóficos. También puede aplicarse a Salvador Salazar Arrué (Salarrué, 1899–1975), uno de los más leídos y queridos en El Salvador, también periodista y pintor.

Hubo, desde muy temprano, una buena cantidad de poetas dedicados profesionalmente a su disciplina, como Claudia Lars (1899–1974), Pedro Geoffroy Rivas (1908–1979), Hugo Lindo (1917–1985) y Roque Dalton (1935–1975). Entre los narradores, el primero que planteó la literatura como un modo –de manera ideal un medio– de vida fue el cuentista y dramaturgo Álvaro Menen Desleal (1931–2000). Aunque se dedicó a la publicidad, el periodismo –fue uno de los creadores de los noticieros televisivos en el país– y el servicio público y diplomático, su prioridad fueron las letras. Obtuvo premios literarios como

medio declarado de ganar dinero, se dedicó a la escritura *free-lance* y buscó una trascendencia internacional que, antes, sólo había llegado de manera eventual. (Salarrué publicó sus *Cuentos de barro* en Editorial Nascimento de Chile, en 1943, y hubo una edición masiva centroamericana en 1960, pero no mucho más. Hay obra de Menen Desleal traducida a cinco o seis idiomas.)

En una entrevista con el autor de estas líneas, en 1999, Menen Desleal señaló que él, a su propio juicio, había aportado a la literatura salvadoreña tres elementos básicos: rigor técnico, universalidad en el tratamiento de los textos y temáticas acordes con la modernidad, que se sumaban a la continuidad en el oficio literario.

Con las excepciones mencionadas, y pocas más, la mayoría de los narradores, hasta Menen Desleal, fueron autores de uno o dos libros, producto de una actividad secundaria. Esto influyó de alguna manera en la concepción de muchos escritores hasta la actualidad, más que el ejemplo de Gavidia o Salarrué, y quizá de allí el carácter local de mucha narrativa nacional.

Hubo otras circunstancias influyentes. En los años ochenta, más por el calor de la guerra que por vocación, hubo escritores «de emergencia» que encararon, sin mucha elaboración, temas como la ideología, las violaciones de los derechos humanos y el heroísmo. Muy poco, si algo, sobrevivió a los acuerdos de paz. Desde las cúpulas de las organizaciones revolucionarias se intentó un viraje en la concepción literaria, que implicaba el desplazamiento de la novela por los testimonios de guerra. Tampoco sobrevive demasiado de ello.

Hubo una pérdida importante durante la guerra: el narrador Mauricio Vallejo (1958–1982), secuestrado y asesinado por paramilitares. Su única novela, *Balta*, aún inédita, lo ubica en ese momento como el más interesante talento de su generación.

La novela contemporánea

Correspondió a Manlio Argueta (1935) la fundación de la novela salvadoreña contemporánea, con *Caperucita en la zona roja* (1977). Poeta de origen, se convirtió a la narrativa con *El Valle de las Hamacas* (1967, publicada en 1970), antecedente para una de las obras de mayor valor literario que ha dado el país. La experimentación con el lenguaje y las estructuras temporales tiene la audacia que en su

momento debió tener Salarrué. Pero cuando apareció comenzaba la guerra, y se exigía algo más de los escritores. En 1980, con *Un día en la vida*, Argueta dio respuesta a esas necesidades. La novela es la más conocida de cualquier salvadoreño, con traducciones y ediciones en una veintena de idiomas; en Estados Unidos sólo ha sido superada en ventas por las de Gabriel García Márquez, si se habla de literatura latinoamericana, según The Modern Library. Pero, aunque cuenta con páginas de factura magnífica, la obra de Argueta perdió el impulso marcado por *Caperucita*. Esto no pretende invalidar la obra del maestro, sino ubicarla, con el respeto debido.

A partir de Argueta, como de Menen Desleal en el cuento, hay una tendencia a afrontar la novela como una profesión, no como el trabajo eventual o una tarea de poetas en busca de nuevos caminos (como en el caso de Dalton, de Ricardo Lindo y de Alfonso Quijada Urías, que tienen en su haber interesantes acercamientos).

Horacio Castellanos Moya (1957) es quien ha logrado llegar más lejos dentro de los novelistas que están produciendo su obra de madurez. Aunque inició su carrera como cuentista, con *¿Qué signo es usted, niña Berta?* (1981), y ha publicado varios libros de relatos (como *Perfil de prófugo*, 1987; *El gran masturbador*, 1993, y *Con la congoja de la pasada tormenta*, 1995), en 1988 publicó la novela *La diáspora* y a partir de *Baile con serpientes* (1996) y *El asco* (1997) se desplazó hacia la novela, con buenos resultados: ha publicado en México, España, Canadá, Suiza, Alemania y Francia. Mucho de su producción tiene que ver con temas de la posguerra —*La diablo en el espejo* (1999), *El arma en el hombre* (2001) y *Donde no estén ustedes* (2003)—, como los cambios en la idiosincrasia nacional, los marginados de dichos acuerdos, la novela negra e historias fantásticas y de amores excéntricos.

Carlos Castro (1950), con una sola novela, *El libro de los desvaríos* (1997), es uno de nuestros novelistas más originales. Historiador de oficio, la falsa biografía del prócer nacional Gerardo Barrios le dio la oportunidad de crear un El Salvador mítico y escarbar en los entresijos de las clases dominantes. El manejo de lenguajes, personajes y estructuras es de lo más fino que ha visto el país.

Jacinta Escudos (1961) ha escrito uno de los libros de cuentos más importantes, *Cuentos sucios* (1997), prefigurado en el volumen *Contracorriente* (1993). Su incursión en la novela ha sido irregular. La primera, *Apuntes de una historia de amor que no fue* (1987), mostró su

talento de narradora. En *El desencanto* (2001) encontró una solución ingeniosa a un problema complejo: ante la falta de manejo de estructuras largas, realizó una serie de relatos unidos, con algunos enlaces temáticos, hasta formar una novela. En *A-B-Sudario* (2003) no logró un control efectivo sobre el texto, aunque posee una excelente técnica narrativa.

Hay un novelista que ha logrado un importante impacto entre los salvadoreños en Estados Unidos: Mario Bencastro (1949). Sus principales novelas son *Odisea del norte* (1999), sobre las tribulaciones de los inmigrantes indocumentados, y *Un disparo en la catedral* (1990), acerca del asesinato del arzobispo Oscar Arnulfo Romero. No cuenta con un planteamiento estético definitorio, pero su obra es emblemática entre más de la cuarta parte de la población salvadoreña y ha encontrado un buen nicho en Europa, especialmente en Italia.

Entre los novelistas más recientes puede mencionarse a Mauricio Orellana (1965), quien comenzó su carrera literaria a una edad relativamente madura (treinta años). Hasta la fecha sólo ha publicado un libro (*Te recuerdo que moriremos algún día*, 2000), pero varias de sus novelas inéditas podrán redefinir la narrativa salvadoreña.

Hay una camada de novelistas en formación, y aún inéditos. Hay dos nombres que deberán recordarse para los próximos años: Oscar Morales y Nancy Gutiérrez.

El cuento: de lo bueno, poco

Menen Desleal fue el creador del cuento contemporáneo salvadoreño, en una severa ruptura con sus maestros, en especial Salarrué. Dedicó buena parte de sus esfuerzos a la escritura de un centenar de cuentos fantásticos con un rigor extremo y un sentido del humor pocas veces visto. Aunque comenzó a publicar sus libros a principios de los sesenta, algunos aparecieron alrededor de la época de su muerte.

Pocos han logrado satisfacer los estándares fijados por él, y antes por Salarrué. Los cuentos más notables en la época contemporánea (si se coloca a Castellanos Moya del lado de los novelistas) han salido de manos de dos mujeres: Jacinta Escudos (con *Contracorriente* y *Cuentos sucios*) y Claudia Hernández (1975), con *Otras ciudades* (2001), *Mediodía de frontera* (2002) y *Olvida uno* (2005).

Las une el rigor técnico de sus relatos. Pero mientras que Hernández es seguidora directa –y depurada– de Menen Desleal, en la vertiente fantástica del cuento, Escudos explora el absurdo a través de lo cotidiano, con estructuras más abiertas de las que el cuento fantástico exige, pero igualmente efectivas.

Hay más narradores en El Salvador, en activo y en formación, pero se requeriría de mucho más espacio para reseñarlos. Se menciona a algunos de los más importantes, según los criterios planteados al principio: la dedicación prioritaria a la narrativa y su trascendencia internacional.

La narrativa salvadoreña aún depende de individuos para definirse; su desarrollo no alcanza para hablar de tendencias, corrientes o escuelas. Pero, tras el desconcierto de más de una década de guerra y otra de posguerra, existe un desesperado resurgimiento de las letras que en algunos años dará variados y buenos frutos.



Niño en el lago de Suchitlán, Suchitoto. Departamento de Cuscatlán. El Salvador.
Año 2004. (Autora: Montserrat Calviño)



«San Antonio». Fotografía de Carlos Henríquez